

NO LO ABRAS POR FAVOR. ELIMINALO

Muchos me creyeron loco pero ahora serán pocos los cuerdos. De esta manera daba comienzo el relato de uno de los muchos adolescentes de aquella basta ciudad en una de las muchas vastas tardes de invierno. Lo encontré almacenado entre las amarillentas páginas de un libro amontonado entre los volúmenes usados y decrépitos de una vieja biblioteca que se vendían al mejor postor en las antiguas calles de aquella ciudad.

Era invierno y la nieve se acumulaba en las paredes de las aceras mezclada con el agua de la lluvia y la negra sombra de los coches. Había salido un momento de casa para comprar comida aprovechando que mis padres no iban a pasar la noche en casa y poco tardé en encontrar un supermercado a punto de cerrar escondido en las oscuridades de la espesa tarde negra de invierno.

La mujer ataviada de una sonrisa cansada y un empleo de toda la vida me sonrió con diversión al entregarme una bolsa de la biblioteca cargada de libros. Los frágiles billetes cayeron en su mano y me alejé sin prisa por la avenida ardiente. La mochila esta vez pesaba más debido a las obras que en su interior había alojado con esperanza y alegría.

La escalera se hallaba desierta y una bombilla pendía del techo cuando cerré la puerta tras de mí. ¿Tranquilidad o temor vagaban por mi mente? Empecé la marcha escaleras arriba pacientemente mientras una monótona música de jazz vagaba en el tercer piso y se acrecentaba a medida que ascendía.

El piso se hallaba sumido en las sombras cuando entré. Delgados hilos de cristal se repartían por las paredes tras atravesar las rendijas de las persianas, un ardor pegajoso y monótono dormitaba constantemente en el comedor, los cojines del sofá habían sido revueltos y esparcidos por el suelo, la tranquilidad y el calor eran tan tensos que el sopor adormecía el rostro de una fatiga incierta y tranquila.

Me tumbé en el sofá y abandoné la azul mochila a mi lado mientras el calor de aquel infatigable verano me acariciaba mi piel cual mano de santo ataviada de tranquilidad y pesadez. Al abrir mi mochila y extraer los libros de la bolsa evité que mis ojos se cerraran para siempre en aquella tarde pegajosa, sin embargo, tendría que haberme entregado al sueño en vez de examinar con detenimiento los libros.

Abrió la puerta justo en el momento en que un coche cruzaba la calle dejando tras de sí olas de aguas negras arrastradas por las ruedas traseras. El agradable calor del interior del comercio y la campanilla en la puerta fueron los únicos y agradecidos

personajes que me recibieron. Caminé sin rapidez hacia el interior del establecimiento dejando el rastro de mis huellas siguiendo mis pasos.

Nadie había tras la corroída caja gris cuyo color se había perdido con los años, una puerta en cuyo interior la oscuridad era emperatriz estaba abierta al final del lugar, un monótono aparato de calefacción emitía constantes ruidos de ardor que hicieron que me desabrochara mi chaqueta, dejando al descubierto una camisa a cuadros.

Pasee entre los estantes de comida hasta encontrar croquetas congeladas y una barra de pan envuelta en un plástico, productos cuyos sabores habían sido extirpados desde hacía tiempo por la industria feroz y las fábricas. Caminé hasta la caja y deposité en el mostrador mi compra ruidosamente para que alguien del interior oyera cómo mi presencia no se había difuminado al entrar tras latas de comida y botellas de bebidas.

Silencio. Nada más. Al extraer con pesadez los libros dos de ellos cayeron al suelo silenciosamente mientras el sonido de un coche cruzó ruidosamente el escenario de la calle pintando su eco a través de las paredes de la casa. Al caer uno de ellos al suelo, unos papeles surgieron de entre las polvorientas páginas y me agaché para recogerlos. Cuando empecé a recorrer sus palabras marcadas con dolor y terror el cuerpo se me heló en aquella calurosa tarde.

Carraspeé varias veces y recorrí con la mirada la estancia repleta de productos para el hogar. A simple vista mi mente había pasado por alto un abandono del lugar, nadie parecía atender ahí, algo esperaba en aquellos momentos junto a mí en aquella habitación.

Me impacienté todavía más cuando dejé de escuchar coches en la acera y la completa oscuridad y silencio caminaron entre las estanterías y me acariciaron el rostro. Observé detenidamente la puerta abierta a la oscuridad que se erigía con gracia y terror en el lugar y, a pesar de la calidez del lugar, mi vello se erizó cuando la contemplé por unos instantes hasta que algo me despertó del tejido onírico en el dormía. Había recibido un mensaje en el teléfono móvil.

Pasé las páginas una detrás de otra hasta que leí aquellas palabras finales que provocaron mi angustia y desesperación. Mi cuerpo cansado se levantó rápidamente del sofá y contemplé el pasillo sumido en las tinieblas de las persianas entreabiertas por cuyas rendijas la luz se filtraba. Mi vista se dirigió inmediatamente a la puerta por la que había entrado hacía unos momentos.

Corrí hacia ella como si fuera el mismo diablo el que me persiguiera pero cuando aferré el pomo con fuerza y tiré de él la puerta no se abrió. Lo probé varias veces más pero aquella estructura de madera continuaba impasible e inamovible burlándose de aquel destino que hacia mí corría con garras de metal y odio. Nada. Nada se podía abrir en aquella casa. Las persianas no se levantaron cuando las abría y golpeaba, la puerta no se agitó cuando la forzaba, las ventanas no se abrieron. Mi casa era ahora una cárcel de la que no podría escapar.

Extraje de mi bolsillo aquel teléfono que tanto había conservado durante tantos años y contemplé con el corazón latiendo grotescamente en mi mano las palabras grabadas en la pantalla coloreada junto al dibujo de una carta: Tiene un nuevo mensaje. Tanteé varias veces la pantalla con el dedo víctima de la incertidumbre y el miedo, cruel y amarga realidad de mí hasta que pulsé el botón que rezaba en la pantalla bajo el anuncio del mensaje: Mostrar.

Me alegró comprobar que la persona que me había enviado el mensaje era mi querido, afortunado y amable amigo Juanjo. Esperaba de aquella alocada mente alguna cita al día siguiente o la felicidad en palabras electrónicas y sin personalidad de un nuevo amor, sin embargo, la horrible realidad me despertó de mis sueños para llevarme hacia las crueles pesadillas del horror.

Me dirigí hacia el ordenador encendido en el escritorio de mi habitación y pulsé varios botones hasta que una página de Internet azulada surgió de entre la blancura de la pantalla: www.hotmail.com. Tecleé mi contraseña y seleccioné rápidamente un contacto que seguramente jamás mirara el correo electrónico hacia el que poder comunicar mi desesperación. No tardé en escribir presa del horror las crueles palabras que serían como los clavos del ataúd para aquella persona si aquello llegaba a los susurros de su vista.

Caminé entre los estantes dirigiendo la vista a todos lados esperando la pesadilla que me aguardaba, sabiendo que los pasos que había caminado no se podrían volver a rehacer hacia atrás, esperando a que el tiempo fuera el que me dictara todas las respuestas. Mi corazón latía apresuradamente sin pausa ni control, aquel sudor frío recorría mi cuerpo caluroso esperando el pánico a la locura y la muerte, el pulso me temblaba como las hojas del otoño en los árboles ante el tormentoso viento.

Dirigí la vista hacia atrás y de nuevo hacia delante esperando algo que me atraparía y jamás me dejaría escapar llevándome hacia los abismos del averno. Fue en el momento en que di media vuelta cuando contemplé horrorizado entre los estantes algo que jamás olvidaría y que me arañaría cada noche y cada día de mi corta vida.

Unos ojos grandes y desorbitados me miraban entre los recipientes de comida y latas de conservas. Su mirada me atravesaba como puñales mi piel y se clavaban en mí fijamente, su iris era extrañamente grande y de un color azulado intenso.

La oscuridad de la calle se tragó mis gritos mientras corría apresuradamente entre el anonimato y el terror. Envié el correo entre los cables y los hilos de la red y me escondí bajo mi cama esperando lo que estaba temiendo de un momento a otro. El silencio se adueñó de mi hogar en el que felizmente había crecido hasta que un ruido acompasado y terrorífico llegó hasta mis oídos. Pasos. Pasos en el pasillo.

Lógicamente la oscuridad había construido su imperio en mi casa cuando abría la puerta. Las luces fueron encendidas cuando pulsé el interruptor y me descubrí a mí mismo apoyado contra la puerta del rellano, tembloroso, mojado, extraño incluso para mí. Me erguí y caminé hasta el estudio para recoger hojas que serían las transmisoras de la enfermedad del miedo y lo desconocido. La tinta corría igual que mi mano entre las palabras terroríficas que luego doblaría e introduciría en un libro de mis estanterías. Nietzsche sería el transmisor de la lepra del terror.

El teléfono sonó cuando deposité el libro de nuevo entre las estanterías y, entre el miedo y la esperanza de la salvación, lo dejé sonar varias veces hasta que su sonido se apagó bruscamente cuando los libros cayeron al suelo y de la estantería emergía aquella terrorífica figura. Grité varias veces mientras el terror que se había mostrado ante mí apareció cuando salí de mi cama. Ya no había tiempo de chillar, de desesperarse, de intentar buscar una solución. Nada podía ocurrir ahora más que la locura o la muerte.

Me conecté a Internet aquella noche para vaciar mis correos electrónicos que recibía cada día y que no miraba desde hacía semanas. Al entrar en la página, el número lógico de sesenta y ocho correos sin leer me recibió esperando que los leyera; sin embargo, al ir a eliminar los correos hubo uno que me sorprendió que rezaba con fingido dolor y sufrimiento: NO LO ABRAS POR FAVOR. ELIMINALO.

Las palabras que leí inmovilizaron mi razón y mi lógica. Si has abierto este correo es demasiado tarde aunque te dije que lo borraras. Algo extraño corre por el mundo y se transmite de cualquier manera y aparece en cualquier lugar. Acabo de recibir los escritos de una persona que ha muerto y ahora yo también lo voy a hacer. Si quieres continuar con vida olvida esto que te he escrito pero tu familia y todos los que aprecias morirán. Si quieres sacrificarte por ellos comunica esto a una persona que sabes

que jamás podrá leer estas palabras y tus seres queridos vivirán pero tú no lo harás.
Decide cuanto antes, yo ya estaré muerto cuando leas estas palabras.

Víctor Anaya